

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

MARTÍ FRADERA



►► Un hombre lanza en la Rambla una especie de catapulta azul que parece un ovni, el sábado.

De la cocina a la venta ambulante

Lo primero que me dijo el hombre es: «Nosotros no robamos. Hemos trabajado muchos años en cocinas, en fábricas y cargando o descargando camiones y, por la crisis, no tenemos trabajo». Hace ya meses que al comercio ambulante se han sumado hombres de Pakistán que, es cierto, durante años habían sido la mano de obra invisible de esta ciudad. Ahora, de día venden abanicos, castañuelas, pañuelos. Si amenaza la tormenta, se pasan a los paraguas en un abrir y cerrar de ojos. De noche, viven de las latas, de las flores –la gerbera es la nueva rosa– o de esos *ovnis* azules que iluminan, al mismo tiempo, la oscuridad del cielo en Barcelona, en Venecia y en Estambul.

Ayer, frente al Museu Picasso, los ambulantes hacían su agosto. No sé si era cálculo o suerte, pero durante la mañana, el sol quemaba sin compasión la cola de turistas. Del otro lado, había sombra y los ambulantes estaban de ese lado.

El hombre estaba en la esquina. Era el mejor lugar porque no se le escapaba nadie. Desplegaba maestría en el arte del comercio: vendía esas figuritas de los Simpson que se mueven a ritmo de la música y, en cinco minutos, conseguía que ocho

parejas de turistas, casi todos rusos aunque los estadounidenses ya han conquistado el suelo barcelonés, se llevaran a Homer, como el mejor suvenir de Barcelona.

Seguía con la explicación: «Sabemos que es ilegal, pero qué hacemos. Yo trabajé 10 años como cocinero, pero no tengo ni paro ni nada. No quiero robar y hay que comer. Señalaba su barriga». «Es grande», bromeaba yo. Y se reía. Me citaba a las 14.00 horas, cuando «la urbana pa-

Antes eran mano de obra invisible. Ahora venden abanicos en las aceras

sa» por esa calle, todos los ambulantes se reúnen en una plaza. Me decía que me explicaría «todo», pero a esa hora en la plaza acordada no había más que extranjeros tomando cerveza a dos euros la caña.

Le preguntaba a un camarero que los ve cada día cómo se organizan. Me decía que era un comercio «bucle» y «expres», por eso de pasarse del abanico al paraguas en segundos. Durante toda la mañana de ayer, ca-

miné, en círculo, por esas paradas. Seguí al *reponedor*: el hombre que, mochila en la espalda con una caja de zapatos llena de abanicos, recibe llamadas y acude raudo y veloz a reponer la mercancía. Lo vi por casualidad frente a la catedral y lo seguí hasta la calle de Montcada. El hombre puede andar horas, pendiente del móvil. No descubrí quién repone las castañuelas que, desde hace dos meses, repican en el centro.

«¿Hablas castellano?» Le pregunté a un chico con gafas de sol y engominado en la Rambla. «Rumano», me respondió y se puso, de nuevo, un pito en la boca dando por acabada la charla que aún no había empezado. Desde que empezó el verano, la banda sonora de la Rambla es el canto de la cigarra. Le pregunté a un quiosquero quiénes son esos chicos que se pasan la mañana silbandoy se visten combinando los colores de las zapatillas con los de las camisetas.

Me dijo que se ponen ahí en verano, que sus mujeres venden abanicos –por cierto, los guardan en la parte superior de las cabinas telefónicas– y que son amables. Los observé un rato, junto al quiosquero. El quiosquero dijo que esos chicos no tienen nada que ver con los *trileros* ni con los carteristas que aparecen a partir de las 19.30 horas. Tampoco con los camellos camuflados de lateros que recitan eso de: «Marihuana, coca, beer». «Viven en el Poblessec», me dijo el hombre. En Barcelona, la gente, haga lo que haga, si está a pie de calle se reconoce. ≡

 cgaya@elperiodico.com